

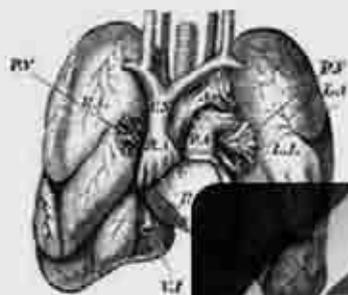
>

C	O	N	C	U	
		R	S	O	S
	Y				
C	E	R	T	Á	
	M	E	N	E	S

**XV CONCURSO INTERNACIONAL
DE RELATOS CORTOS
«JUAN MARTÍN SAURAS»**

ILUSTRACIONES: Manuel Gracia Gascón

co
fi



dia
no

Primer Premio 2010
La entrada al país de los demonios
Elena Alonso Frayle

Al principio, sin sospechar aún que será el último que presencie, el niño no nota nada distinto en ese nuevo arrebato de su madre. Ella ha entrado en su cuarto y en dos zancadas ha llegado hasta la cama, donde él, desmadejado sobre el colchón, escucha música parapetado tras la burbuja aislante de los auriculares de su iPod. Ni siquiera la ha oído venir por el pasillo, ni golpear con el puño iracundo la puerta que él ha dejado cerrada, un peaje más que lo separe de lo que ocurre al otro lado de la casa, en ese territorio desordenado y caótico –la cocina, el dormitorio, la sala de estar– donde ella ejerce la autoridad taxativa de su reinado. El pestillo estaba sin correr, así que ella ha podido entrar sin necesidad de desencajar el dintel con puntapiés desquiciados (ya ha ocurrido en una ocasión). Se aproxima, y al niño ni siquiera le da tiempo de ver la antorcha en sus ojos, la mandíbula atenazada, los brazos alzados, como tomando impulso. Siente el tirón en el lóbulo, las diminutas almohadillas de los auriculares abandonando con virulencia el hueco de su oreja, los cables iniciando su retirada como la resaca del oleaje en un día de tormenta. Y la mano de su madre, que no lo toca, que no lo roza, que en ningún momento entra en contacto con su piel; la mano de su madre con los dedos como garras de rapaz apresando el aparato, arrancándolo de su nicho junto a la almohada y trasladándolo al turbio imperio de lo impredecible. Y entonces, el arrebato. El brazo que primero arroja los auriculares contra la pared, mientras la otra mano se tensa en torno a la pantalla en miniatura, de la que hasta hace unos segundos brotaban imágenes de un hombre tocando una guitarra eléctrica, junto al que bailaban varios jóvenes al compás de una música que llegaba hasta los oídos del niño. En un instante el aparato se estrella contra el suelo y el tacón de su madre aplasta el cristal, una y otra vez. Suena como si estuviera pisando un saco relleno de aves de frágiles huesos. El niño ve los diminutos fragmentos esparcirse por el suelo, las entrañas tecnológicas del aparato emerger como los intestinos de un soldado alcanzado por la metralla. De un golpe toma conciencia de la cualidad irreversible de una pérdida, de todas las pérdidas. Hace exactamente veinte segundos seguía el ritmo de la música con golpes del pulgar sobre la rodilla; ahora ya solo tiene un amasijo de silicio y cristal. Su madre ha interrumpido el taconeo y grita. Apenas le entiende, pues se traba en las palabras; le llegan los balazos de saliva que escupe con las frases ininteligibles. Que le había llamado tres veces y él no había contestado. Algo así. Y entonces, repentinamente, como si la hubiera alcanzado un rayo cósmico, ella deja de vociferar, se arrodilla sobre los cristales y lanza un largo gemido quejumbroso que suena como el aullido de un perro.

Eso es nuevo, eso es algo que no había ocurrido hasta ahora. El niño está acostumbrado a los arrebatos de su madre. Recuerda confusamente escenas en la cocina del piso luminoso en el que vivían antes, cuando su padre aún estaba con ellos. Él era un bebé, pero se acuerda de los armarios alicatados de blanco de aquella cocina, que parecía un laboratorio o un hospital. Desde su perspectiva, sentado en esa silla alta con tablero rematado por bolas de colores, veía frente a sí el juego de cuchillos ordenados; su madre abría el horno y sacaba

una fuente con una manopla que se confunde en su recuerdo con un guante de boxeo. Después se sentaba frente a él, obstaculizando la visión de los cuchillos, colocaba un plato de papilla caliente sobre el tablero de su silla y comenzaba a dárselo a cucharadas. Hay vacíos en su memoria, fognazos que encienden la imagen de su madre golpeando con fiereza el tablero de madera con la palma abierta cuando él se niega a abrir la boca. Una vez, dos, tres, más y más fuerte. El plato de la papilla rechazada desaparece en un segundo plano del recuerdo, desplazado por el rostro de su madre que se va aproximando al suyo al compás de las palmadas sobre el tablero, hasta que sus rasgos se desdibujan y su pupila solo percibe una boca, redonda, abierta, desencajada, de algún modo independiente de los sonidos que emite.

La entrada de un túnel sin salida, el camino a ese abismo oscuro del que salen los gritos. Y después las manos de su padre que lo rescatan y lo sacan de la silla; más tarde, otra vez las de su madre, que le acaricia la nuca y llora.

Ella siempre ha llorado tras los arrebatos, eso no sería nuevo. Lo nuevo ha sido el lamento de animal herido, las rodillas sobre el suelo lleno de cristales, las convulsiones de su cuerpo, desplomado sobre el desastre. El niño ha presenciado innumerables arranques de furor, siempre repentinos, casi siempre impredecibles para su lógica infantil, aunque, con el tiempo, el instinto le ha enseñado a pisar con cuidado y ha aprendido a sortear las trampas de ese campo minado en que consiste la vida diaria, compartida con su madre. Como aquella vez, tendría cuatro o cinco años; han estado de compras en el supermercado y acaban de regresar de la calle. Es un día frío y él lleva puesto un grueso anorak, un gorro de lana y una bufanda. En el interior del piso hace mucho calor debido a la calefacción; su madre, sonriente, en apariencia tranquila, le indica que se quite la ropa y se encamina a la cocina para dejar los paquetes. Él se acerca a la ventana cerrada del salón y contempla un pájaro posado en ese árbol que asienta sus raíces tres pisos más abajo, en la avenida. En el rincón, junto al aparador, el niño ve las piezas desparramadas del puzzle que ha dejado a medio hacer antes de salir a la calle. Al elefante aún le falta uno de los dos colmillos y la oreja derecha presenta una oquedad en el centro que deja ver la madera del entarimado. En cambio, el paisaje del fondo ya está completo, y eso al niño le hace sentirse moderadamente feliz. Pero le molesta el hueco en la oreja del elefante y siente la urgencia inaplazable de los deseos y, olvidando que aún lleva puestos el anorak y el gorro y la bufanda, se sienta en el suelo para completar su puzzle. El niño aún recuerda que tenía en la mano una pieza de color claro, que se disponía a encajarla en la zona del colmillo, que sentía en los dedos el hormigueo del triunfo, cuando oyó los gritos. Vio llegar sus pies, que atravesaban el comedor y se detenían junto a él. Los zapatos –marrones, eso también lo recuerda– de su madre a pocos centímetros de su pierna, puntiagudos, agitados. Él se levanta y retrocede hacia la ventana. Su madre tiene el pelo alborotado y grita, con la mirada extraviada, que es un desobediente, que le dijo que se quitara la ropa, que enfermará con ese calor. Se acerca a él, se inclina hasta que su boca queda a la altura de los ojos del niño, articulando de manera que parece que va a desencajarse. El niño recula dos pasos más, hasta quedar arrumbado contra la pared, junto a la ventana. La madre entonces se quita un zapato y lo agita, como si golpeará el aire, mientras grita que no puede más, no puede más, no puede más. Después hace ademán de atizar al niño con él, pero detiene la parábola del asalto en el último momento, y deja el brazo rígido, con el zapato en la mano, tenso, suspendido sobre la cabeza infantil, congelado el movimiento durante un segundo, como si posara para un retrato, antes de golpear la pared, de la que comienzan a desprenderse fragmentos de

cal. Aterrizan sobre sus mejillas, sobre sus hombros, sobre el gorro de lana del niño, que la observa inmóvil, con los puños apretados, la pieza del puzzle hincándose en la carne de la palma. La madre abre entonces la ventana y grita por última vez que no puede más antes de arrojar a la calle el zapato, que se estrella contra la acera. El niño ve cómo el pájaro emprende el vuelo y se sitúa en el alerón del edificio de enfrente, desde el que parece observarlos. Ella apoya las manos sobre el alféizar y se queda mirando la lejanía unos instantes, como si estuviera viendo un paisaje nuevo. Ya no grita. El aire de la calle desordena algunas piezas del puzzle, pero el niño no se mueve. Tampoco lo hace cuando ve cómo su madre cierra la ventana y se sienta en el sofá, rodeándose con fuerza con los brazos, como si se abrazara a sí misma. Balancea el cuerpo adelante y atrás, levantando levemente los dos pies del suelo, uno de ellos descalzo. Entonces llora y murmura algo que el niño no puede entender y le tiende los brazos abiertos, para que se acerque a ella y puedan balancearse juntos sobre el sofá de piel, como si estuvieran en un parque de columpios y toboganes, apacible y plácido, y ella no fuera esa mujer que acaba de arrojar su zapato por la ventana; como si él todavía fuera ese niño ilusionado que aún encuentra un motivo para la felicidad en las piezas de un estúpido puzzle.

Llorar tras el arrebato no es nuevo, no. Durante años, el niño ha presenciado las lágrimas de su madre cuando le explica a su padre que ella jamás le ha puesto la mano encima a su hijo, que siempre se detiene un paso atrás, justo al borde, y golpea mesas, paredes, estrella copas de cristal y arroja zapatos por la ventana, lo que haga falta. Pero que a él no, a él nunca le ha tocado. Y llora con las manos cubriendo el rostro, como para ocultarse, hasta que emerge con las mejillas congestionadas y se restriega los párpados y entonces dice con voz quebradiza que ella no tiene la culpa, que ha nacido así, incapaz de dominar sus demonios interiores. Sus demonios interiores, repite. El padre ladea la cabeza y abandona la habitación, un día y otro y otro, hasta que ya no vuelve más y el niño comprende que a partir de entonces no contará con ninguna ayuda, no habrá manos firmes que le aparten de la entrada al abismo, que deberá encontrar él solo los senderos transitables, tanteando con cuidado para evitar los estallidos. Obligado a convivir con la soledad cuando aún se halla en el vértice delgado de la vida. Por eso ahora mira los restos de lo que fue su iPod y mira a su madre que todavía gime arrodillada, y se pregunta qué pasará a continuación. La diferencia, lo verdaderamente nuevo en ese arrebato es que ella no llora. Sólo el incesante lamento de bestia agonizante, la letanía de graznidos. Y de pronto esa risa histérica, casi un cacareo, una explosión que le hace echar la cabeza hacia atrás para que las carcajadas salgan con libertad de su garganta, como la lava de un volcán. El niño ve en los ojos de su madre un terror nuevo, como si finalmente hubiera ingresado en ese territorio habitado por sus demonios y estuviera contemplando de frente sus rostros. Y, por primera vez, siente que tal vez deba echar siempre el pestillo de su puerta o conservar un cuchillo bajo el colchón. Permanece quieto sobre la cama, sin atreverse a llamar su atención, mientras su madre comienza a barrer el suelo con el canto de la mano, juntando los pedazos de cristal. La risa aún le ataca a rachas escalonadas cuando se levanta y deposita los pedazos en la papelera. El niño ve que uno de ellos le ha hecho un corte en la base del pulgar, que sangra, pero ella no parece darse cuenta y va dejando un reguero rojo sobre la alfombra. Sale de la habitación y el niño la oye rebuscar entre las llaves del aparador de la entrada. Después, la puerta de la calle al cerrarse y el jadeo hidráulico del ascensor; el estrépito del portón del garaje precede al sonido de los neumáticos chirriando sobre la rampa de acceso. Oye el motor del coche acelerando al incorporarse a la avenida y perderse en el tráfico de la calle.

li
ber
tad



Todavía permanece un rato acostado, paladeando el silencio a su alrededor, que ya intuye como un gran vacío. Finalmente se levanta y recoge los auriculares, que no parecen haber sufrido grandes daños. Se dice, con un punto de animación, que aún podrán ser utilizados, aunque no sepa cuándo. El futuro es una nebulosa gris e inconsistente en la que prefiere no adentrarse. De momento, deberá prepararse la cena, ya que sabe con certeza que, esa noche, su madre no regresará.

Pasarán varios años antes de que vuelva a verla. El día que lo haga, ella, sentada en un banco de los jardines de ese sanatorio, aún tendrá el mismo pánico instalado en los ojos, pero por un momento parecerá reconocerlo. Adelantará una mano hasta la mejilla de su hijo, que ya es casi un adulto, y murmurará algo, al principio tan bajo que resulta imposible discernir su significado. Cuando él se incline para oír mejor, entenderá por fin lo que su madre trató de decirle durante años, y recordará aquellos días en que, entre lágrimas, proclamaba débilmente que siempre, siempre, siempre había logrado dominarse antes de pegarle. Ella adelantará sus dedos, delgados y nudosos, y acariciará temblando el mentón del chico y él, que ya lleva demasiado tiempo haciendo recuento de sus pérdidas, se dirá que, después de todo, tal vez hubiera preferido que esa y otras caricias hubieran sido lo que el resto del mundo denomina bofetadas.

ya



19
73

Segundo Premio 2010

De entre todos nosotros

Miguel Ángel González González

I

A veces hago las cosas sin saber muy bien por qué, como ahora mismo, por ejemplo, que escribo pero no tengo muy claro a quién quiero dirigirme ni qué quiero contar.

Escribo muy a menudo, casi todos los días, pero lo hago porque no tengo nada mejor que hacer. Hay veces en las que pienso que escribo para no mirar al frente. Cuando escribo, en cierto modo, es como si pudiera revivir el pasado. Es, incluso, como si pudiera modificar cosas que ya ocurrieron sin que eso altere el presente ni condicione el futuro. Si algo no me gusta, lo escribo de forma distinta a como realmente ocurrió, y, años después, al releer mis textos, no soy capaz de distinguir qué parte de lo que escribí era cierta y qué parte era producto de mi imaginación.

Supongo que esforzándome conseguiría distinguirlo, pero de forma subconsciente me niego a hacerlo.

Nadie puede obligarte a recordar tu vida tal y como fue.

II

Hace años un tipo llamado Plennie Wingo recorrió 17 875 kilómetros caminando de espaldas. Lo hizo desde Fort Worth hasta Estambul. Caminó sin la compañía de nadie y necesitó años de travesía hasta que consiguió terminar su viaje. Un viaje en el que, día tras día, se alejaba de todo lo que le rodeaba y se dirigía hacia un futuro incierto al que daba la espalda.

Al terminar su recorrido le preguntaron por el motivo que le había llevado a realizar tal acción, y él se limitó a responder que prefería andar así para poder ir siempre mirando hacia atrás, contemplando el camino recorrido y no el que le quedaba por recorrer. Según explicó, haciendo esto conseguía concentrarse en todas las cosas que ya había hecho, en todos los objetivos y todas las metas que ya había cumplido, ya que le aterrizzaba la idea de pensar en todas aquellas que todavía no había alcanzado, o las que quizá no alcanzaría nunca.

Ya lo dijo Leonard Cohen: *El futuro es un asesino*.

III

Mi hermana murió cuando tenía trece años.

Le gustaba cantar y pintarse los labios. Por las tardes, cuando estábamos solos en casa, agarraba el pintalabios de nuestra madre y cantaba canciones de Madonna.



ca
mi
no



Mi hermana no sabía inglés y no cantaba demasiado bien. Madonna tampoco.

Mi hermana se llamaba Lucía y tenía una cabeza muy pequeña, como la de una muñeca, y unos ojos enormes, como los que tienen las protagonistas de esas series de dibujos animados japoneses. Eran marrones, sus ojos, pero si parpadeaba muy rápido, si lo hacía realmente rápido, parecían verdes, tan verdes como dos pequeñas esmeraldas.

La atropelló un tipo que llegaba tarde al trabajo.

Ella también llegaba tarde a clase, por eso cruzó la calle sin mirar; por ese mismo motivo, por el dichoso tiempo que no deja de pasar, el conductor no pudo pisar el freno. No tuvo tiempo.

Realmente sí pisó el freno, pero lo hizo tarde, que teniendo en cuenta el resultado fue una acción tan inútil como no pisar el freno. En cualquier caso el coche no consiguió detenerse a tiempo y arrolló a Lucía.

Era un Renault 11 rojo con matrícula de Barcelona.

Era un coche viejo, y quizá de haber sido un modelo nuevo mi hermana seguiría viva, pero las suposiciones no sirven de nada, decir eso es como decir que si Kennedy no hubiera ido a Dallas quizá Estados Unidos no hubiera invadido Irak. Las suposiciones solamente sirven para atormentarse. Para hacer las ideas más borrosas y complicadas.

La cabeza de Lucía se reventó contra el parabrisas del viejo Renault 11. En cambio, el cristal ni tan siquiera se resquebrajó.

Ya lo dije antes, Lucía tenía una cabeza muy pequeña y unos ojos muy grandes.

IV

Un día estábamos en casa, cenando en silencio, mirando la televisión como imbéciles, cuando llamaron a la puerta.

Abrió mi padre.

Al otro lado de la puerta había un tipo gordo con una camisa blanca manchada de sudor.

Mi padre miró sin decir nada al tipo gordo y después el tipo gordo miró a mi padre. Finalmente el tipo gordo rompió a llorar.

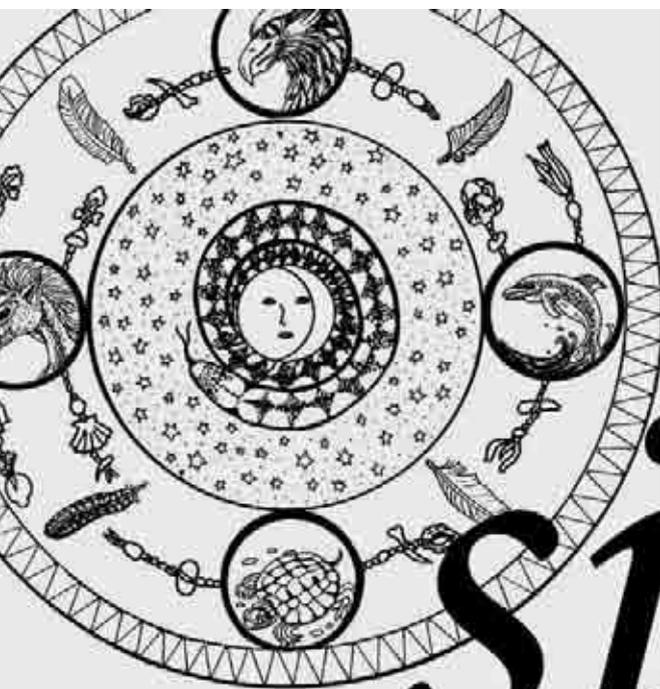
Aquel era el hombre que había matado a mi hermana.

Se sentó en una silla, en la única que había libre junto a la mesa, en la silla en la que se sentaba Lucía, y nos pidió perdón.

No era una mal tipo, me refiero a que no parecía un maltratador, ni un asesino en serie, ni un borracho..., incluso si te quedabas mirándole fijamente, si le contemplabas durante unos segundos sin parpadear siquiera, no parecía tan gordo.

—Pasado mañana es su cumpleaños —dijo mi madre—, cumpliría catorce años —concluyó.

El tipo gordo volvió a llorar, pero esta vez incluso se dejó caer al suelo clavando sus rodillas en el parquet.



Si
len
cio

Mis padres nunca lo dijeron, pero creo que hubieran preferido que el asesino de su hija hubiera sido un pedófilo o un psicópata.

No es fácil odiar a una persona mientras llora arrodillada junto a tus pies.

V

Yo no tengo coche. Tampoco carnet de conducir. Voy a todos los sitios andando. No me gusta estar sentado.

Mi psiquiatra dice que se debe al accidente de Lucía, pero yo creo que mi psiquiatra es gilipollas, no se lo digo, pero lo pienso.

Cuando Lucía estaba viva también iba andando a todos lados. Esto mi psiquiatra no lo sabe, pero no me apetece decírselo porque seguro que consigue darle la vuelta para que parezca que él lleva razón y que yo estoy como una jodida regadera.

Lo que más rabia me da de la muerte de Lucía, es que la atropellaron por intentar no llegar tarde a la escuela. A mí nunca me gustó ir al colegio; a ella tampoco, por eso no me parece justo que la atropellaran mientras intentaba llegar a tiempo a un sitio que odiaba. Por eso yo no creo en Dios.

Si Dios existiera, si hubiera un ser todopoderoso, arrugado y canoso, observándonos a todos por encima de nuestras pequeñas cabezas, no puedo entender que se quedara impasible mientras un tipo gordo atropellaba a una niña de trece años que iba de camino a la escuela. No puedo entenderlo, sobre todo, porque mi hermana odiaba ir a la escuela.

VI

Mi padre y mi madre no hablan demasiado de ella y mucho menos del día del accidente, pero en el fondo se sienten culpables.

Muchas mañanas mi madre se sienta en un pequeño taburete de la cocina, mirando por la ventana, e intenta recordar todas las cosas que hizo aquella mañana. Y se queda allí, quieta, en silencio, hasta que encuentra un motivo por el que sentirse culpable. Algunas veces dice que tardó demasiado tiempo en preparar el desayuno y otras veces dice que despertó demasiado tarde a Lucía; da igual el argumento, cualquier excusa le sirve. Lo único que necesita es encontrar un motivo para reprocharse lo mala madre que fue.

Es la única manera con la que consigue llorar.

VII

En el año 1771, Nicolás Gugnot, un ingeniero del ejército francés, dejó su trabajo, abandonó a su familia y apartó a un lado su vida para intentar cumplir una quimera que le había arrebatado el sueño: desarrollar el primer automóvil de la historia.

Pasó años encerrado intentando dar forma a una máquina que consiguiera transportar al hombre a cualquier lugar sin necesidad de que éste se moviera. Nadie confió en él. Le trataron como a un loco y como a un desertor de la milicia francesa.

El resultado de su incalculable esfuerzo fue un carromato pesado y ruidoso que funcionaba gracias a una gigantesca caldera de vapor, y que se sostenía sobre tres inmensas ruedas que se movían con mucha dificultad.

Y, aunque Nicolás Gugnot murió desterrado y sin que nadie confiara en sus ideas, en la actualidad se le considera el precursor del primer vehículo de la historia.

Mi padres nunca han oído hablar de este militar francés, ni de sus infructuosos esfuerzos por desarrollar un automóvil, pero si supieran de su existencia, serían capaces de acusar al mismo Gugnot de la muerte de Lucía.

Y es que si te decides a saltar dentro de un charco con todas tus fuerzas, lo más probable es que acabes salpicando todo cuanto te rodea.

VIII

Dos días después de la visita del tipo gordo, nos llegó a casa un ramo de rosas rojas. Eran catorce rosas rojas. Una por cada año que hubiera cumplido Lucía si aquel tipo obeso no se la hubiera llevado por delante.

Junto a las flores había una nota manuscrita. En ella nos decía lo mucho que lo sentía y que cada día al levantarse y al acostarse veía la cara de Lucía. También decía que aunque nunca antes había escuchado su voz, en sueños sentía cómo mi hermana le preguntaba el motivo por el que la había atropellado.

Y por último, nos explicaba que su voz era tan dulce y tan inocente que estaba seguro de que la escucharía durante el resto de su vida, y que le atormentaría hasta el día del juicio final.

Mi madre tiró el ramo de rosas a la basura y guardó la nota en el cajón de su mesilla de noche.

Nunca entendí por qué no lo hizo a la inversa.

IX

No llevo reloj.

Antes sí, pero desde que murió Lucía dejé de usarlo.

Cuando mi psiquiatra me pregunta el motivo por el que me lo quité me invento una absurda excusa. Le digo que no me gusta sentirme atrapado por las normas establecidas; que me angustia sentir el martilleo constante de sus agujas. Pero lo cierto es que dejé de usarlo porque a Lucía la atropellaron por intentar no llegar tarde a la escuela y, aunque esto nunca se podrá demostrar, yo creo que de no haber llevado reloj ahora no estaría muerta, o, en su defecto, de no haberlo llevado el tipo gordo que la atropelló, ahora seguiría viva.

Mi psiquiatra no lo sabe; no lo sabe porque yo no se lo he contado y si no se lo he contado yo es sencillamente imposible que lo sepa. El caso es que mi psiquiatra no lo sabe, pero el reloj que llevaba Lucía el día del accidente, el reloj que no paraba de mirar para saber si conseguiría llegar a tiempo, se lo regalé yo por su decimosegundo cumpleaños.

Cuando mi padre fue a reconocer su cadáver, le entregaron una bolsa de plástico que contenía las escasas pertenencias que habían hallado junto al cuerpo: un colgante en forma de corazón sujeto por una vieja cuerda negra, un anillo de coco, las zapatillas que se ponía los días que tenía educación física en el colegio y el reloj. El vestido estaba manchado de sangre, así que no se lo dejaron llevar.

Mi madre se deshizo de todas las cosas para no pasarse el día llorando al verlas. Pero el reloj no lo tiró. Dejó que yo me lo quedara, como si en el fondo ella también pensara que él era el culpable de todo lo ocurrido.

Lo guardé dentro de una pequeña caja de madera, después lo envolví con un paño de algodón blanco y lo escondí en el fondo del armario de mi habitación.

Nunca junté el coraje necesario para deshacerme de él, ni tan siquiera para volver a sacarlo, pero algunas noches al intentar dormir sentía como si el tic-tac de sus manecillas me taladrara el cerebro.

Nunca he vuelto a usar un reloj desde aquel día, y lo cierto es que no tengo muy claro si me aterroriza más la idea de morir atropellado, o de ser yo quien le arrebate a alguien la vida llevándomelo por delante.

X

A veces tengo un sueño en el que estoy en un pasillo, en mitad de un pasillo. Todo está oscuro. No puedo ver lo que hay a un par de metros del lugar en el que me encuentro. No puedo verlo tanto si miro al frente, como si miro hacia atrás. Todo está realmente oscuro.

De repente comienzo a escuchar una voz. Es la voz de una chica, de eso estoy convencido. Creo que es la voz de una niña, aunque eso no lo puedo asegurar. Y, desde que murió mi hermana, pienso que tal vez sea ella quien me hable. Aunque de ser así, no tendría sentido que hubiera tenido el mismo sueño desde que era un crío.

No consigo entender con claridad lo que la voz quiere decirme, pero puedo intuir que me está pidiendo ayuda. Intento caminar hacia el lugar del que proviene, pero no consigo avanzar. Lo intento con todas mis fuerzas, pero nada; me concentro y hago un infructuoso esfuerzo por andar hacia la voz de la chica que me dice algo que no consigo entender, pero por más que lo intento no consigo adelantar ni un maldito metro.

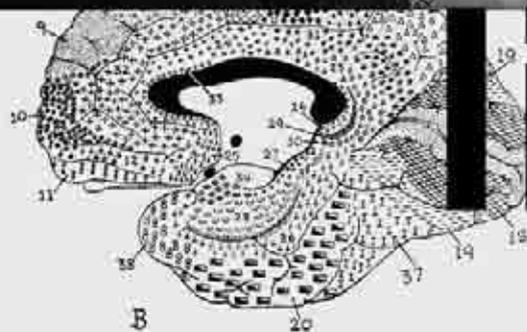
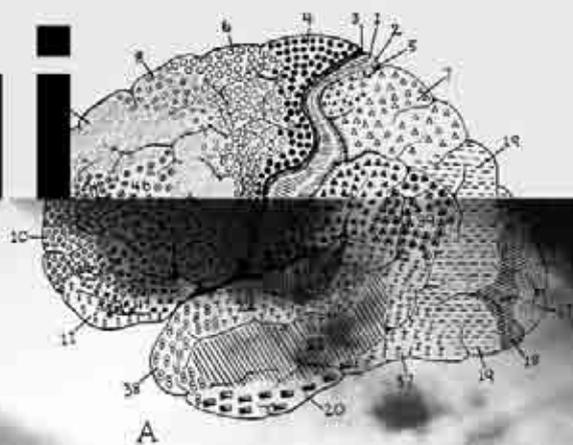
Por la mañana cuando despierto después de haber pasado la noche dentro de un estrecho pasillo sin luz, siempre lo hago sudando y jadeante; lo cual, teniendo en cuenta que en el sueño no consigo realizar ningún movimiento, no parece tener lógica.

XI

Bob Dylan, en una de sus canciones, dice algo así como: *te dejaré estar en mis sueños, si tú me dejas estar en los tuyos.*

Yo sueño muchas veces con Lucía. A veces la veo viva y otras veces muerta.

equi



librio

Cuando está viva ríe, baila y canta y a mí me gusta mirarla. Sueño con que ella no puede verme y yo la miro a través de la cerradura de la puerta de su habitación, y la veo bailar, cantar y reír.

Cuando sueño que está muerta también la observo en silencio desde la cerradura de la puerta, pero entonces ni canta, ni ríe, ni baila. Está quieta, tumbada encima de la cama. Pálida. Inerte. Muerta.

Si son ciertas las palabras de Dylan, quizá sueño con Lucía porque ella sueña conmigo.

Cuando me la imagino muerta, tiene la cabeza sobre la almohada. La almohada está manchada de sangre. Las sábanas también. Incluso el suelo está manchado de sangre.

¿A quién le importa un carajo lo que diga Bob Dylan? Ni los vivos deberían soñar con los muertos, ni los muertos deberían soñar con los vivos.

XII

La noche que me enteré de la muerte de Lucía me escapé de casa. Mis padres no me vieron. Se pasaron toda la noche en vela, sentados en sendos taburetes junto a la encimera de la cocina. Apenas hablaban, se limitaban a estar allí, sentados en silencio, uno frente al otro; sin decirse nada, sin mirarse siquiera.

Creo que desde aquella noche nunca volvieron a ser los mismos.

El caso es que me escapé y ellos no me vieron. No tenía la menor idea de lo que podía hacer en la calle a las dos de la mañana, así que me puse a correr por las avenidas vacías todo lo rápido que pude, hasta que el corazón me comenzó a latir tan rápido que me entró miedo al pensar que podría acabar estallándome dentro.

Me senté agotado en mitad de la calzada y esperé la llegada de un coche. Quería comprobar si tendría el valor necesario para quedarme quieto. Si conseguiría permanecer sentado, impertérrito, mientras los faros de un automóvil se acercaban a mí a más de setenta kilómetros por hora.

Esperé un minuto.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

No pasó nadie.

Regresé a casa caminando, arrastrando los pies como si los zapatos me pesaran dos toneladas, y abrí la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

Mis padres seguían en el mismo sitio en el que les había dejado.

Creo que en cierto modo, cada uno a su manera, los tres nos habíamos sentado a esperar la llegada de un vagón de mercancías para que nos pasara por encima. Pero lamentablemente uno no siempre encuentra a un gordo con prisa cuando le busca.

XIII

Yo nunca hablé demasiado con mi padre. Teníamos una extraña relación; tan extraña que casi se podría asegurar que nuestra relación era inexistente.

Una noche, un par de meses después de la muerte de Lucía, entré en mi habitación y me despertó zarandeándome con delicadeza.

Abrí los ojos y le miré.

Todo estaba oscuro, pero aun así me pareció observar que estaba vestido. Me refiero a que llevaba ropa de calle y no un pijama, lo cual era bastante extraño teniendo en cuenta que eran casi las cuatro de la madrugada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Si pudiera responder a esa pregunta fácilmente, no llevaría una mochila a la espalda.

Subimos al coche y arrancó el motor. Circulamos en silencio por las calles vacías. Después nos adentramos en la autopista y abandonamos la ciudad a más de ciento cuarenta kilómetros por hora.

Cuando la carretera dejó de estar iluminada mi padre detuvo el vehículo, dejándolo estacionado en la cuneta, y apagó las luces.

No se podía ver nada.

Todo estaba oscuro y silencioso.

—Bájate del coche —me dijo.

Y, aunque no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, obedecí sin atreverme a mirarle siquiera.

Colocó la mochila sobre el capó y abrió su cremallera. Dentro había una escopeta con los cañones recortados y media docena de cartuchos.

—Tu abuelo me regaló esta escopeta el día que me casé con tu madre —me dijo.

Introdujo dos cartuchos y tragó una gran bocanada de aire.

—Algunas veces vengo aquí —continuó diciendo—, y disparo al aire en mitad de la noche.

—¿Y no te preocupa la posibilidad de herir a alguien? —le pregunté yo.

—Claro que me preocupa, por eso lo hago. Si un desconocido pudo arrebatarle a mi hija llevándosela por delante con su coche, ¿por qué no voy a poder hacer yo lo mismo con otro desconocido?

Levantó la mano con la que estaba empuñando el arma y apuntó hacia la oscuridad. Después apretó el gatillo. Una pequeña nube de humo se formó a nuestro alrededor.

—Creo que sólo has conseguido herirte a ti con ese disparo —le dije.

—¿Y por qué piensas eso? —me preguntó.

—Porque si quisieras herir a otra persona, no recorrerías noventa kilómetros para disparar en mitad de la nada.

Guardó la escopeta en la mochila y volvimos a casa sin pronunciar una sola palabra durante todo el trayecto.

Mi padre estacionó bajo una farola y apagó el motor.

—Nosotros no podemos decidir lo que es justo e injusto —me dijo—. Pero tampoco podemos permitir que sean otros los que decidan por nosotros —concluyó.

XIV

Mi padre conoció a mi madre en la boda de su hermano.

El hermano de mi padre era un tipo muy gracioso que siempre vestía zapatillas de tenis blancas y pantalones vaqueros, y al que simplemente llamábamos tío.

Mi madre era una amiga de la prometida.

Mi padre y mi madre no se conocían y no se dirigieron la palabra en toda la ceremonia.

Mi madre llevaba un vestido azul y un recogido que dejaba a la vista su cuello y sus hombros. Tenía un cuello precioso y unos hombros llenos de pecas. El resto de su cuerpo no llamaba demasiado la atención.

Cuando comenzó a sonar la música nadie se acercó al lugar en el que ella se encontraba para sacarla a bailar. Así que se quedó de pie, sola, en una de las esquinas de la sala, con su vestido azul, su precioso cuello y sus hombros poblados de pecas.

Mi padre estaba borracho y aburrido. No tenía nada que perder y la bebida era gratis, así que cogió una copa y se acercó hasta el lugar en el que ella se encontraba. La miró en silencio durante unos segundos y después dijo que tenía el cuello más bonito del mundo, y mi madre le devolvió la mirada y le dijo que estaba borracho. Entonces él sonrió y dijo que ambos habían dicho la verdad.

Esa misma noche hicieron el amor en el asiento trasero del coche de mi padre.

Cuando Lucía murió nuestro tío estaba postrado en la cama de un hospital. Un cáncer le devoraba por dentro y pasaba muchas más horas del día agonizando que viviendo. Debido a su estado mis padres decidieron no contarle el accidente de Lucía para que no sufriera más de lo necesario; así que cada vez que le visitábamos, excusaban a mi hermana inventándose algún supuesto trabajo que tenía que presentar al día siguiente en el colegio, o algún inexistente catarro.

La noche que mi tío murió le pidió a mi padre que le dejara hablar con Lucía, que necesitaba despedirse de ella. Mi padre le acercó un teléfono móvil al oído. Al otro lado del aparato no había nadie. Mi padre lo sabía. Mi madre lo sabía. Yo también lo sabía. Todos cuantos estábamos en aquella habitación conocíamos la mentira. Todos excepto él.

Le dijo a Lucía que no se preocupara, que todo iba a salir bien y que no llorara, que antes de lo que ella imaginaba volverían a estar juntos para jugar con sus muñecas.

Después dejó caer el teléfono, cerró los ojos y murió.

Y aquella piadosa mentira que le dijo a Lucía antes de morir para intentar no preocuparla, se convirtió, ante nuestros ojos, en la más cruel verdad que hayamos escuchado.

XV

En el año 1998 Fernando León de Aranoa estrenó la película *Barrio*. Fue su segundo largometraje y con él ganaría, entre otros, un Goya a la mejor dirección, otro al mejor guión original y la Concha de Oro en el festival de cine de San Sebastián.

Los protagonistas de la cinta son tres jóvenes: Rai, Javi y Manu; interpretados por Crispulo Cabezas, Timy Benito y Eloi Yebra. La historia habla de tres chavales que comparten esa edad en la que ni se es hombre ni se es niño, en la que se habla mucho de chicas y muy poco con ellas. Comparten también la vida en el barrio, el calor del verano y un montón de problemas.

Aunque la película gira en torno al personaje de Rai, a mí el que me parece realmente interesante es Manu. Su historia cuenta que vive solo con su padre y que, según le dice siempre éste, su hermano mayor es un importante hombre de negocios que nunca encuentra tiempo para visitar a la familia. El caso es que un día, por una de esas casualidades que parecen no tener una explicación lógica, Manu se encuentra con su hermano y éste no se parece en nada a un hombre de negocios. No lleva traje, ni maletín, y en lugar de pluma, usa una jeringuilla con la que intenta olvidarse de todo cuanto le rodea.

Hay una secuencia, ya casi al final, en la que Manu está cenando junto a su padre. Encima de la mesa hay un reloj, justo al lado de los cubiertos; es uno de esos relojes digitales con la correa negra de plástico. Según le había dicho su padre, el reloj había sido un regalo de su hermano, que como no podía asistir a su cumpleaños al encontrarse en un congreso, se lo había mandado por correo postal.

Obviamente, al descubrir la falsedad de la historia de su hermano, Manu también descubre que el regalo era parte de esa mentira. De cualquier modo, lo realmente trascendental es que el reloj está encima de la mesa, justo al lado de los cubiertos.

El padre de Manu, al verlo allí, le pregunta el motivo por el que no lo lleva puesto, y él, con cierto desdén, le responde que le hace daño y que por eso se lo ha quitado. Después de esa conversación hay unos segundos de silencio. Y después de esos segundos de silencio habla Manu y le dice a su padre que ha visto a su hermano. Después de la frase de Manu hay otros segundos de silencio. Y después de esos últimos segundos de silencio, el padre de Manu rompe a llorar.

La verdad es que no sé muy bien si se entiende lo que quiero contar. Hay cosas, como un reloj, por ejemplo, que a simple vista no parecen tener importancia, pero que rodeadas de unas determinadas circunstancias pueden tener un significado especial.

Supongo que por ese motivo sigo escuchando el tic-tac de las agujas del reloj de mi hermana cada noche al intentar dormir, aunque haga años que abandoné la casa de mis padres, dejándoles en el fondo de un armario, toda mi culpabilidad dentro de una caja de madera envuelta en un paño de algodón.